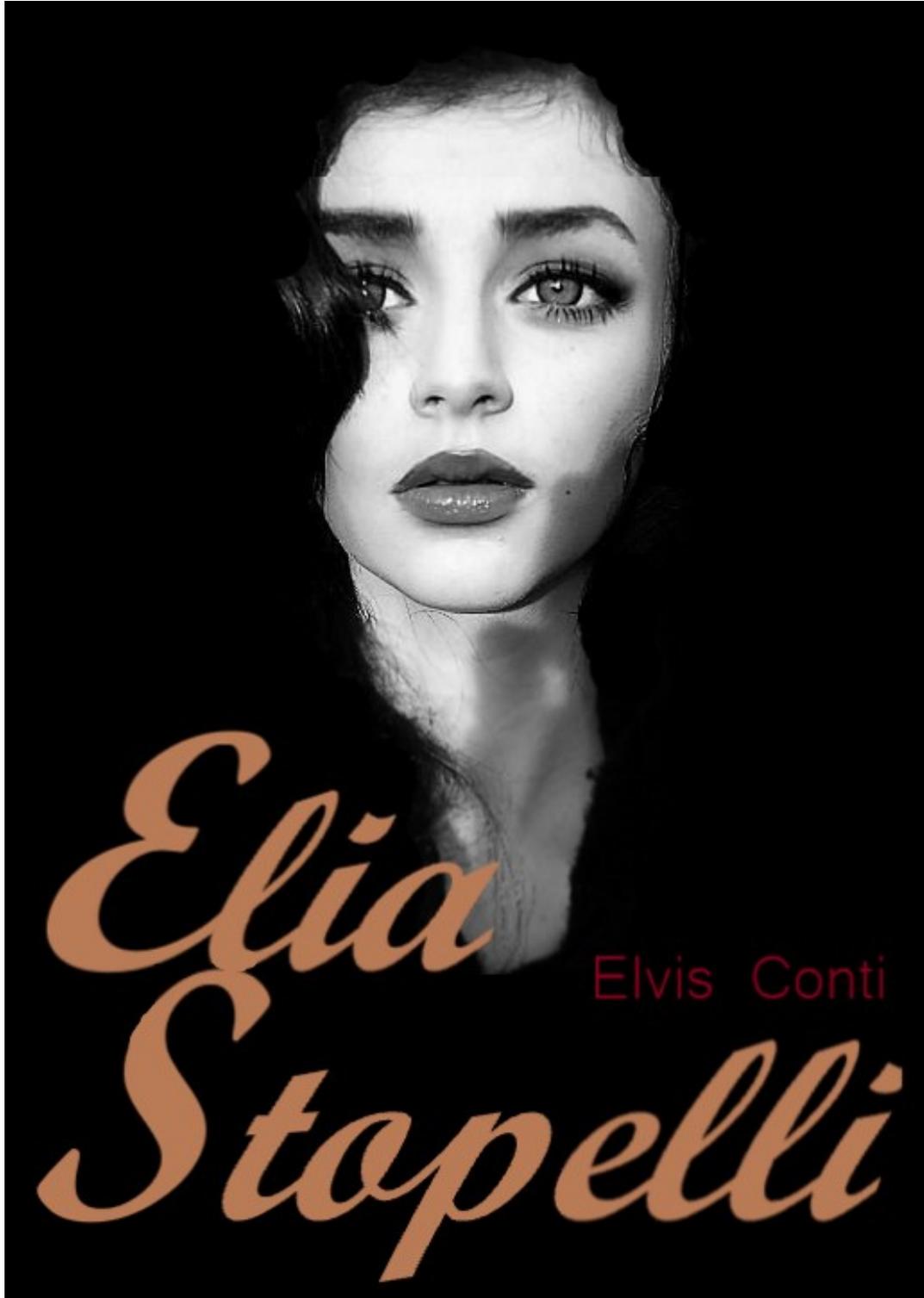


Elia Stopelli

Elvis Conti



Capítulo 1

No puedo decir con certeza, cuándo fue la última vez que pensé en Elia Stopelli.

Ese alejamiento de mi conciencia no ha sido, de ninguna manera, por una falta de significado en mi vida. Creo que, al final de cuentas, mi cabeza simplemente había estado últimamente en otras cosas.

Nada importa que hayan transcurrido más años de los que pude haberme imaginado. Tampoco que hoy yo sea lo que, en buen castellano, se le llama un anciano, pues sigo gozando de una memoria un tanto excepcional. Y hoy, justamente en este día, mi pensamiento trajo consigo a Elia, para ponerla de nuevo en el lugar que le corresponde en el universo de mis recuerdos.

Debo decir que no hubo ningún detonante que me la devolviera. No hubo una canción, una palabra, un olor o una circunstancia que la llevara de retorno a mis querencias más íntimas. Salió inesperado, natural. Como si estuviera programado por alguna suerte de alarma mental. Esta evocación fortuita, además, me hizo saber que no importa cuántos calendarios más se acumulen antes de que me vaya, ella seguirá siendo siempre una punzada en mi alma.

Ese golpe de memoria, instantáneamente, me trasladó justo al día que la conocí...

-o-

Desde el primer segundo que la vi, nada volvería a ser igual.

Llegó como una revelación, sacudiendo fuertemente el pequeño mundo en el que mi existencia se desenvolvía.

Y fue ese vestido blanco, totalmente fuera de lugar, la primerísima impresión que tuve de ella. Especialmente, si se considera que nos encontrábamos en un sepelio. Tiempo después, me enteraría que esa ligereza, lejos de ser una torpeza de su parte, era en realidad su manifiesto personal sobre la muerte y las pompas fúnebres.

Curioso, pero traer de regreso a Elia Stopelli a la superficie de mi mente, me obligó a hacer lo mismo por Don Edelmiro Sagarnaga, el pobre hombre, vecino nuestro, que estábamos velando esa tarde en Santa Rosalía del Camargo. Don Edel, como lo llamé siempre, murió prensado por un tractor en su nogalera. Ese infortunio, fue la primera muerte realmente cercana en mi todavía tierna edad. Por esa causa, había estado hondamente afectado. Pero esa aflicción tan patente, duró estrictamente

hasta el momento en que Elia se metió por mis ojos... es decir, para una mayor precisión, entre las 16:05 y las 16:08 del viernes 25 de mayo de 1945. La justeza de ese intervalo, fue en realidad resultado de un gran debate en mi cabeza loca, que quería saber a toda costa, por una mera sinrazón romántica, el instante exacto en que el eje de mi mundo se movió varios grados, los suficientes para ponerlo al revés.

Elia Stopelli, entró en escena esa tarde, en medio de una procesión interminable de trajes, vestidos, medias de popotillo, sombreros, lentes y guantes negros, propios todos de la etiqueta y la ocasión que ahí nos reunía. Sin avisar, serena, irrumpió con su alba indumentaria en ese sitio donde reinaba la más profunda congoja por la pérdida irreparable de un hombre considerado pilar de la comunidad. Y fue así, parsimoniosa, que cumplió el paseíllo de las condolencias. Yo, atrás del tumulto, pude constatar vergonzosamente, a contraluz, que no usaba un fondo para su vestido.

Frisaba ella los 17 años, y su hermosura, que lo era sin escatimar, no se trataba de la típica belleza nortea de mujeres altas y blancas de piel. Ella era lo contrario. Menuda, morena y con los ojos cafés más impresionantes que he visto nunca; ojos café muy claros, grandes y ovalados, largas pestañas y unas cejas espesas que le daban a su porte refinado el carácter de exótico. Sus rasgos faciales me trasladaron, seguramente influido por mí todavía no superada niñez, a esos rostros de mujeres divinas, que aparecían en las películas animadas de *Walt Disney*, que alguna vez llegué a ver en los grandes cines de la capital.

Estaba entonces, frente al suceso más importante de mis casi 15 años. Como es de suponer, susceptible como era, no le pude quitar los ojos de encima. Elia me descubrió sin dificultad a través del entramado de brazos, piernas y torsos de las personas que mediaban entre nosotros. La veía con tal intensidad, que le fue inevitable darse cuenta de mi atisbo, embelesado y, simultáneamente, poco cortés. Sospecho que mi rostro arrebolado, como un faro en altamar, me hizo notar todavía más. Caminó la distancia hacia donde estaba, para dispararme a quemarropa un cálido "Hola", enmarcado en una sonrisa que me terminó por desbaratar. Solo alcancé a balbucear algo ininteligible, algo así como un berrido larguísimo.

Después de ese inicio con tan dudoso buen auspicio, fue ella la que, clemente, intentó iniciar una charla. Pero mi ineptitud me impedía seguirle el paso. Y ella reía. Yo, rojo como tuna, hacía esfuerzos sobrehumanos para no parecer más ñoño todavía.

Una vez que hubo pasado ese primer aturdimiento, y luego que, según yo, hubieran corrido lerdísimos los minutos, y con un poco de mayor

aplomo, se me empezó a soltar la lengua.

Pero lejos de ser sensato, y sin atajar la evidente ansiedad, intenté impresionarla con mi dudosa erudición. Así que hablé y hablé de las noticias del momento: de la lamentable rendición de Alemania (pues en Camargo casi todos esperaban que los teutones ganaran la guerra), los pormenores de la guerra en el Pacífico y un montón de ocurrencias más. Ella, no obstante mis desaciertos, seguía con aparente interés mi perorata llena de obviedades, inexactitudes y lugares comunes. En mis adentros me preguntaba, cándido, si había logrado impresionarla. No tardé mucho en enterarme que estaba en un error. Casi la obligué, con mi necedad, a corregirme. Resulta que no fue el General MacArthur quien encabezó el desembarco en Normandía. La sangre se me caía a los pies, para luego subir como termómetro a una cara colorada de vergüenza.

Yo ignoraba que se podía caer tan bajo frente a una chica. Pero eso no pareció importarle a Elia. Al contrario. Se las apañó para transmitirme confianza, tanto que, a partir de cierto instante, logramos establecer una conversación muy grata y próxima.

Desde esa tarde ya no nos separaríamos por el resto del verano.

Entonces ¿A partir de cuándo me enamoré de ella? Tengo dos respuestas probables. La primera, y la más obvia, es precisamente cuando cruzó la entrada en ese aciago velatorio, y yo, desde el extremo, la descubrí inesperadamente. Desde luego, resultó fundamental en ese amor a primera vista, su rostro glorioso, sus ojos cafés claros como topacios, sus labios rubicundos, su sonrisa cautivadora, su cabello largo, brillante y rizado; su piel perfecta, la elegancia de su cuello de *Nefertiti*, su cuerpo grácil, su caminar de emperatriz.

La segunda respuesta probable, la más justa, tiene que ver con la forma en que me envolvió con su amistad, con su siempre generosa compañía, con su buen consejo, su preocupación casi maternal, su lealtad, respeto y consideración; todo, a pesar de mi evidente inmadurez y del estado lamentable de mi autoestima en esa época.

Por encima de otros interesados, ella me escogió a mí como su amigo, e incluso me dispensó horas valiosas, robadas a su pasatiempo preferido: pintar acuarelas de lo que fuera que tuviere frente a sí. Y en no pocas ocasiones, recibí la honrosa invitación de acompañarla, siempre silente, a sus prolongadas citas con el arte. Todavía puedo recordar con que seriedad tomaba esa actividad, insistiendo tenazmente en plasmar con su pincel, escenas cotidianas de un pueblo chico de gente honrada y trabajadora, como siempre lo fue Santa Rosalía del Camargo. A pesar del escaso conocimiento artístico que poseía entonces, y del que seguí careciendo hasta el día de hoy, sus cuadros me resultaban notables por

transmitirme serenidad y un extraño sentimiento de lontananza.

Empero, en algún punto, resolví que era intrascendente la cuestión sobre sí me enamoré a las 16:05 o a las 16:08 horas de aquel día, pues me vi obligado a aceptar, amargamente, que yo no podía ambicionar nada con ella. Me descarté desde un principio, porque siendo ella "toda una señorita", como la adjetivaron mis tías "Las Chaconas", yo estaba todavía a tres lejanísimos meses de mis 15 años. Así que, desde un principio, tuve mucho cuidado que no se enterara de mis sentimientos. Incluso le platiqué pormenores de alguna muchachita de mi escuela que solía gustarme, esperando con eso disimular un poco mi adoración. Grandes esfuerzos hice, todo el tiempo que pasaba con ella, para no quedarme como una estatua de sal, deslumbrado, por lo que para mí era la perfección total.

Ese verano fue inolvidable. En las mañanas, después de hacer nuestros deberes y si Elia resolvía que no tendría sesión de pintura, nos veíamos en la plaza Juárez. Nos juntábamos con otros chicos y chicas a platicar, tomar agua de horchata y planear el día. Generalmente nos íbamos a nadar a la acequia del Patrocinio o, al río Florido, cuando obteníamos el permiso paterno. También jugábamos basquetbol o recorríamos la calle Guerrero visitando tiendas y casas de parientes y amigos. Regresábamos a nuestras casas para una comida rápida y, ya en la tarde, continuábamos nuestras andanzas.

El cine local cambiaba la película cada 8 días, así que, con esa frecuencia, acudíamos a ver algún par de películas, algunas malas y otras malísimas, las que bajaban del modesto circuito al que pertenecía. Pero eso no importaba, pues me daba la ocasión de estar toda la tarde, rozando mi brazo contra su hombro. Y luego, en la obscuridad de la sala, cuando más inmersos nos hallábamos en la trama de la cinta, solíamos hacernos comentarios divertidos, ya sea que se acercara a mi oído o yo al de ella, el caso es que invariablemente me permitía breves atisbos sobre su discreto escote, dejándome embriagado por la caricia de sus cabellos sobre mi cara y el abrazo dulcísimo de su perfume, que hasta este día puede recrear fielmente mi memoria olfativa.

Siempre terminábamos los días de tardeada, en casa de alguno de nuestros amigos. Comiendo sandías frescas, rebanadas de pastel, galletas "quiebramuelas" con grandes pedazos de piloncillo y remojadas en leche bronca fría o, cuando teníamos suerte, en alguna de las casas nos ofrecían cena, verdaderos banquetes de la modesta, pero sustanciosa, cocina camarguense: frijoles con chorizo, caldillo, chile chilaca con asadero, tortillas de harina recién hechas y chocolate caliente de molinillo.

Todos debíamos regresar a nuestras casas a las 8 en punto. Aunque yo siempre lograba extenderlo 15 minutos más. Dejaba a Elia Stopelli justo a las 8 en su casa, y ahí, en los bancos de su porche, consumíamos 10

minutos más en el recuento de las actividades del día, nuestras últimas risas y los planes del día siguiente. Luego me iba a mi casa, y durante los 5 minutos exactos en que recorría el camino, me iba yo fantaseando que me despedía de ella con un prolongado beso. Hasta esa fecha yo no sabía lo que era uno de verdad, pero suplía mi falta de experiencia con aquellos besos apasionados, que me sacaban los colores, y que había visto tantas veces en la pantalla desgarrada del cine local.

Así, alegre e inolvidable, discurrió nuestro verano de 1945. Las bombas atómicas solo fueron una anécdota lejana en el mundo, pintado de colores pastel, en el que yo habitaba.

Muy agrí dulce recuerdo el de los últimos meses de ese mismo año. Pues en septiembre, Elia viajó a la capital para iniciar sus estudios de preparatoria, una empresa a la que pocas muchachas, en esos años, se atrevían siquiera a imaginar y, las poquísimas que lo hacían, debían pasar todavía, por la férrea aduana de la autoridad paterna, en la que predominaba apabullante, la idea que a las señoritas de 18 años había que ir las preparando para el matrimonio.

Pues Elia lo logró. Y lo que empezó siendo un gran orgullo para mí, pronto se convirtió en la razón de mi martirio. Pues, aunque ella solía regresar los fines de semana, yo la veía de muy poco a nada, pues se sometía irremisiblemente a intensivas jornadas de estudio. Fue durante esa época, en la que adquirí, en los atardeceres naranjas y amarillos de Camargo, el triste hábito de sentarme en la banqueta de la calle Mina, para mirar por horas su ventana, la que solía permanecer encendida hasta muy tarde. Pese a eso, debo reconocer, que el escaso tiempo que llegó a tener libre, lo pasó completo conmigo.

En las fiestas decembrinas de ese año, todo pareció adquirir la felicidad y el encanto del pasado verano. Nuevamente días de correrías juveniles por todo el pueblo, muchas reuniones en casas de primos y amigos, risas y abrazos, momentos en los que yo creía ver reverdecer mi ilusión. Pero, muy pronto caería en cuenta, que sólo fueron unas semanas, y que, enero arribaría, solo para continuar mi sequía de ella.

-o-

1946 no fue mejor. La pude ver menos veces que dedos tengo en la mano. El día de mi cumpleaños dieciséis, tenía la seguridad que se acordaría. Pero nunca llamó. Después me enteraría que toda su familia se había trasladado definitivamente a la capital. No hubo llamadas que me devolvieran la alegría, y salvo 2 cartas nada significativas, contra decenas más, la comunicación entre nosotros cayó al nivel mínimo. Por mi parte, después de eso, decidí que esperaría, que no haría nada por contactarla. Respetaba tanto su compromiso por sus estudios, que hice un esfuerzo

mayúsculo por mantenerme al margen.

Gran desconsuelo me causó, a partir de ese año, entender que las noticias sobre Elia, que hasta ese momento me corrían directas de su boca; ahora llegarían por conducto de terceros, y de estos a mis padres, y de ellos, si se llegaban a acordar de compartirlo, a mí. Así supe, tardíamente, que Elia era el primer lugar general del Instituto. Que seguía pintando, que incluso había sido invitada para exponer en su escuela, y posteriormente, en el vestíbulo del Teatro de los Héroes. Que cada día estaba más bonita, y que, maldita sea, tenía un ejército de pretendientes detrás de ella. Algunos de ellos, de familias de rancio abolengo y dinero.

Fueron días muy grises en mi vida los que se vinieron. Mientras, mi corazón se me achicaba, y me solazaba en la soledad con mis reminiscencias más selectas. Entretanto, mi cuerpo adquirió la tonalidad de un joven espigado y fuerte. Mi voz se hizo definitivamente gruesa, y mi timidez fue desapareciendo. Me había convertido en un muchacho que, aunque con aire taciturno, gozaba de pronto con gran popularidad. Lo que, no obstante haber tenido relaciones muy superficiales con algunas amigas, no me hizo cambiar de parecer, pues me negué sistemáticamente a tener una novia formal. Mantenía yo la ilusión primigenia que, desde luego, seguía siendo absurda, de que Elia Stopelli fuera algún día mi novia.

-o-

El sábado 16 de agosto de 1947, más de un año después de la última vez que la vi, se convertiría en otra fecha señera para mí. Ese día, sería el penúltimo en mi paso por este mundo, en el que Elia tendría comunicación conmigo.

Estando profundamente dormido, fui despertado muy temprano de forma poco común por mi Mamá. Aun aletargado, únicamente alcancé a oír algo parecido a la palabra "Elia". Entonces, apurado, me obligué a aguzar mis sentidos: Mi madre me informaba que Elia me hablaba por teléfono. Me fue muy difícil reprimir frente a mi madre, la fuerte infusión de emociones que ese anuncio me proveyó. Me levanté para contestar el aparato, de un salto y con un muy mal actuado disgusto. La sola idea que Elia se hubiera acordado de mi cumpleaños 17, era suficiente para hacerme feliz por el resto del año. Le contesté entonces muy animado, y ella, para mi sorpresa, ni siquiera mencionó mi cumpleaños. Tuvo que disculparse después, cuando yo mismo se lo recordé. Luego de hacer mofa por mi flamante voz gruesa, me sorprendió diciéndome que estaba en Camargo, y que pasaría por mí a las cuatro de la tarde para ir al cine. Al parecer nuestro modesto cine local proyectaría una película de moda: *Spellbound* de Hitchcock.

A las 4 en punto ya estaba por mí, venía en el *Cadillac* descapotable de su papá. Se veía más linda que nunca. Un vestido blanco de lunares negros, acinturado y sin mangas que hacía juego perfecto con la pañoleta que cubría su cabeza. Los lentes oscuros y su boca carmesí me hicieron pensar que iba acompañado de una estrella de cine. Yo no podía disimular mi alegría. Ella estaba distinta, más mundana, más mujer. Nos dimos un gran abrazo, y luego, reiniciamos una conversación como si nos hubiéramos visto justo el día anterior.

Ya en el cine, tuve oportunidad de recordar las emociones que llegué a sentir en su compañía hacía poco más de tres años. Todo era igual. La calidez de su cercanía, hombro con hombro, otra vez sus cabellos en mi cara, su perfume, todos aquellos pensamientos que yo celosamente preservaba, para acompañarme en mis momentos más solitarios.

Justo a la mitad de la película, de improviso, ella giró su cabeza para preguntarme alguna cosa. La verdad, no recuerdo qué. Cuando la tuve de frente, tan cerca, sin mediar palabra y movido por un impulso que hasta el día de hoy no me lo explico, me incliné hacia ella y la besé. En un principio, el beso, aunque correspondido, fue torpe, y no porque no lo hubiera hecho antes, supongo que fue debido a que, no obstante sentirme lo suficientemente audaz, todavía guardaba temores de un rechazo. Cuando hubieron transcurrido algunos segundos, ese beso se prolongó y se hizo cada vez más profundo. En algún momento, ella separó sus labios solo para preguntarme si estaba loco, para recordarme que me llevaba casi tres años. Yo no le hice caso, retomé el beso, y lo continué por el resto de la película. Jamás nos enteraríamos del desenlace de *Spellbound*.

Cuando salimos del cine no hicimos referencia alguna al beso. Lo dimos por sentado y ya. Aunque, admito, nuestra actitud había cambiado. Yo la tomaba de la mano y la mantenía muy cerca abrazada por la cintura. Después de eso, sin avisar, ella tomó la carretera rumbo a la ciudad de Parral. Yo no le inquirí nada. A unos cuantos kilómetros nos paramos a unos metros de la carretera desierta. Una bóveda pletórica de estrellas era la única luz que teníamos. Conversamos durante un largo momento, sacamos nuestros recuerdos escondidos del verano del 45. Reímos a carcajadas de los momentos divertidos que pasamos con nuestros amigos. En algún punto, el silencio llegó. Tiempo seguido, nuevamente, sin pensarlo, me acerqué a ella y la besé de nuevo, para continuar el beso inconcluso, que solo las luces prendidas del cine fueron capaces de frenar. Las caricias y las respiraciones, acompasadas, avanzaban sin detenerse rumbo a un vértigo desconocido para los dos, tierras ignotas en nuestra ansia de conquistar juntos nuevos mundos. Finalmente, el ayuntamiento más dulce se consumió. Viví algo más allá de lo que mi mente juvenil pudo haber imaginado jamás. Esa fue, sin duda, la noche más memorable de mi vida. Después de eso hubo pocas palabras, muchas miradas de complicidad, abrazos y cariño manifiesto. La verdad es que las palabras

sobraban.

Esa noche no pude cerrar los ojos. Acostado en mi cama, exprimía mi cabeza para recuperar los detalles más nimios de lo que ocurrió esa noche. Muy de mañana, no hacía mucho que finalmente había conciliado el sueño, cuando nuevamente fui despertado por mi madre. En esta ocasión me avisaba que me había llegado una carta. Corrí presuroso a recogerla. Era de Elia. La abrí, y la leí desesperado.

En esa carta, la última, me informaba brevemente que había partido a la capital del país, y que, una vez ahí, tomaría un avión a París donde estaría un tiempo tomando unos cursos de pintura. Se disculpaba por no habérmelo dicho antes, y me deseaba mucha suerte. No hubo una sola palabra aludiendo a nuestra noche, la primera para los dos, no acompañaron a esas letras algún indicio que no fuera la vieja camaradería de siempre. Entonces, lo que yo supuse iba a ser el día más luminoso, se transformó en un día de profundísimo dolor. Era el dolor de un muchacho que lo había dejado de ser. Con eso entendí que, efímero fue el paso por ese oasis en mi camino y, de ahora en adelante, mis días retomarían el gris acostumbrado.

-o-

Poco antes de cumplir los 18 años me fui igualmente a estudiar preparatoria a la capital.

La vida me había dado ya una vuelta y media. Mi madre había fallecido meses atrás de un cáncer desconocido. Mi padre había encanecido casi violentamente, y ahora se dedicaba a prolongados silencios en su poltrona. A fuerza de ver como se desmoronaba su familia, se había convertido prematuramente en un anciano. Mis hermanas eran ahora dos hermosas jovencitas asediadas por medio pueblo, pero que vivían dedicadas a nuestro padre, olvidando procurarse oportunidades románticas, y sin darse tiempo para revisar con seriedad sus prospectos de boda, que era lo que correspondía hacer a dos jovencitas de buena familia, como era la mía, en las postrimerías de la primera mitad del siglo pasado.

Por mi parte, tenía fijos dos objetivos fundamentales: Cursar mis estudios con absoluta responsabilidad y, por supuesto, el otro era Elia que, según el dicho de un paisano, había retornado de Europa hacía un par de meses. La tenía tan presente en lo cotidiano, que contaba los días que transcurrirían antes de que la casualidad nos reuniera en una ciudad que, si bien era grande, no lo era tanto como para que dos buenos amigos se terminarán topando tarde o temprano.

Y es que, yo había decidido, sin más alegato que un sentimentalismo exacerbado, que dejaría que la providencia fuera la que nos reuniera. Que

el destino decidiera, sin prisas ni arrebatos. Mi imaginación ansiosa, fraguó en mi mente mil escenas sobre las que podría darse nuestro eventual reencuentro. En ellas, Elia me descubriría azorada, me vería más alto, desenvuelto, maduro, apuesto. Ya la diferencia de edades poco importaría, cuando lo que de verdad imperaría, sería la fuerza arrolladora que provenía, estaba convencido, de un profundo y mutuo sentido de pertenencia. La inexorabilidad de dos almas que tenían que estar juntas, como si hubiera estado escrito así desde el principio de todo.

Inmerso en pensamientos desbordados, por un romanticismo casi heroico, aunado a la dura realidad de deberes escolares extenuantes, vi pasar mis primeros semestres en la capital.

Sin embargo, el tiempo siguió su curso sin que la soñada reunión se cristalizara. Todo lo contrario. Contra todos los pronósticos anticipados, en esas prolongadas veladas de libros y apuntes, no llegué a verla jamás; aun y cuando redoblaba, cuando el tiempo así me lo permitía, mis excursiones por las calles y jardines de la ciudad. Tampoco fueron pocos los templos, cafetines y círculos sociales que visité con la mirada sumergida en un mar de rostros. Más de una ocasión palpitó fuerte mi corazón frente a una cara que lograba reivindicar, aunque sea mínimamente, un poco de la belleza de mi amada Elia.

Un buen día, después de más de un año infructuosa espera, fastidiado ante la ineffectividad del destino en su tarea de juntarnos, decidí ayudarle un poco. Así que a través de mis tías las Chaconas, logré conseguir el domicilio de la familia Stopelli en la capital. Cuando al fin tuve la información en mi mano, empecé a planear la manera y el momento en que acudiría a verla.

Escogí una linda tarde de domingo, en una fecha que no recuerdo bien de mediados de 1949 ¿O ya era 1950? Suelo tener mala memoria con las fechas infaustas.

Vestía mi mejor traje. Mi 1.85 de estatura y un ramo de flores para la madre de Elia. Llegué a las 5 de la tarde, la hora que la etiqueta provinciana destinaba para visitar a una familia amiga. Su casa de Avenida Zarco, me pareció de golpe una mansión. Una casona de tres pisos que se descubría ante mi vista, rodeada profusamente por un espeso jardín palpitante de flores, arbustos y árboles añosos.

La visita no pudo empezar mejor, cuando cariñosísima, la madre de Elia, me atendió efusiva y me pasó a su sala principal, donde me ofreció café y galletas, para después acribillarme con toda clase de preguntas sobre las últimas noticias que provenían de Santa Rosalía del Camargo, preguntas sobre los Baca, los Solís, los Chavira, los Armendáriz, los Giner, los Visconti, los Bassaneti, los Álvarez y otros tantos. Yo con un entusiasmo genuino despepitó todo lo que mi conocimiento y memoria

pudo abonarle al marcado interés de mi anfitriona. Y fue ella misma, después de un buen rato en la más agradable de las conversaciones, la que me preguntó si ya había visto a su hija Elia. Yo, ocultando los nervios que me provocó esa pregunta, le contesté con una bien fingida calma que no, que tenía casi tres años de no verla. Que ni siquiera sabía si se había casado ya.

En ese instante, al lanzar así la cuestión, como si una voz próxima a mi oído me lo susurrara, empecé a temer lo peor. No lo había pensado. No estaba preparado. No se me había ocurrido la posibilidad de que viniera a enterarme, a esas alturas, por boca de su madre, que Elia se había comprometido o, peor, casado ya con algún capitalino deslumbrado ante su hermosura y estrella. Es más, terminé de razonarlo: eso sería lo lógico, Elia tenía ya 22 años. En ese momento, durante los segundos que transcurrieron, antes de escuchar lo que aclararía esa horrible incertidumbre que se abría a mis pies, se me torcieron mis adentros y un gran hueco se hizo en mi estómago.

Empero, después de la desazón que me causó la duda, la luz regresó victoriosa. Sin afectación alguna, mi convidante me anunció que Elia permanecía soltera, sin compromisos que fueran más allá de su actividad de pintora en auge. Asimismo, comentó que después de comer, ella y una amiga que estaba de visita desde París, habían dispuesto todo para irse a tomar el café, y continuar la conversación de sobremesa, en su taller de pintura. Cuando oí esto, mi pecho exultante se inflamó de esperanza.

Con el permiso de la madre de Elia, salí al gran jardín de aquella enorme casa. Seguí un camino enlosado bordeado por flores de todos colores y formas, y de árboles llorones que hacían difícil, con sus ramas colgantes, reconocer el fondo del enorme jardín. Muy pronto me vería envuelto por el murmullo imperante. Una mezcla de aves, insectos y el aire que se colaba silbando entre las ramas de los árboles de ese vergel. Una suave brisa me golpeaba el rostro, y yo, sentía que traía albricias consigo por el inminente reencuentro.

Atrás, después rodear una gran pila llena de agua, y continuar el sendero unos metros más, encontré el taller, una construcción rústica de dos pisos levantada contra el muro que limitaba con la casa vecina. Así lo habían dispuesto los Stopelli, para que su hija única lo dedicara a su actividad permanente: la pintura. Al frente, me recibió una puerta abierta de par en par. Adentro, encontré en un desorden casi organizado, decenas de bastidores con pinturas incompletas y otras terminadas con rostros vibrantes de hombres, mujeres y niños. En otros, reconocí paisajes y detalles de la ciudad. En todos ellos advertí una madurez desconocida para mí, un sentido de libertad muy lejana de los cuadros que pintara allá en la tierra, hace ya casi 5 años, cuando yo la acompañaba a "Los Filtros", o a la Presa Boquilla, en la búsqueda de postales dignas de ser

estampadas en sus lienzos.

Desde ahí, junto a una ventana, un viejo escritorio de madera en el que, dispersos, entre variados bocetos, encontré varios tubos de pintura, lápices, crayones y pinceles de distinto tipo, todo traído al parecer de Europa, y algunas otras de El Paso. En la ventana, recargada en el cristal, reconocí una foto en blanco y negro, de la que yo guardo una copia. Somos el grupo de amigos del verano de 1945 en Camargo: Cheche Chacón, Eva Ginther, Lalo Solís, María Campos, Mauricio Galindo, Toño Acosta, Victoria Castañón, Renata Daher, Inés Villa, Arabela Aragón, Elia y yo. Al centro, Elia sonríe con la cabeza inclinada y en sus manos una pelota. Yo, a la extrema izquierda, atrás de Inés Villa, aparezco de perfil observándola fijamente.

Justo atrás. Otra foto. Pero en este caso me sorprende. Se trata de una foto que yo tomé con la cámara *Nikon* de un amigo, pero que nunca la vi ya revelada. Elia está sobre la banqueta de la calle Centenario, justo en una de las ventanas de la casa de la familia Garza. Ella luce un poco seria. No alcanzó a posar porque la tomé desprevenida. Aun así, luce guapísima como siempre. Una blusa que, recuerdo, era de color rojo, con bordados de flores, mangas cortas con hombreras abombadas. Su cabello, casi desbordado, y controlado con un broche de pedrería roja y blanca. Su mirada, a pesar de su seriedad, creo que captura la complicidad que siempre tuvimos.

Dejé la foto donde estaba y me dirigí a la escalera al fondo.

Pensé anunciarme con un grito, pero preferí no hacerlo, mejor le daba una sorpresa. Así que subí procurando no hacer ruido. El corazón me palpitaba tan fuerte, que por un segundo pensé que debía sentarme en un escalón y recuperar el aliento perdido, esperar a que amainara la taquicardia. Mi boca estaba seca y me sudaban las manos.

Cuando por fin llegué hasta arriba, quedé muy extrañado. El cuarto estaba vacío.

Justo en ese momento oí que dos personas recién entraban y conversaban abajo, justo donde acababa de estar. Después se hizo un silencio. Nuevamente el corazón se me alteró. Así que, sin mayor demora, me acomodé la corbata, me alisé el cabello y bajé. Mientras lo hacía, mil sensaciones me recorrían el cuerpo. Estaba, suponía yo, por encontrarme finalmente con mi destino. Y no estaba equivocado.

Al dejar el último peldaño de la escalera, levanté la vista y miré hacia mi derecha.

Ahí estaba Elia. De espaldas. Con el torso desnudo mientras unos brazos la rodeaban. Era otra mujer que la besaba apasionadamente en el

cuello, mientras que sus manos la recorrían con desesperación, acariciando y apretando sus carnes.

Yo quedé mudo.

No me pude mover siquiera. Creo que definitivamente tampoco pensé mucho. Como si toda mi persona hubiera entrado en un estado catatónico.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió. Pudieron ser solo segundos, pero también minutos, en los que se prolongó esa escena. La mujer desconocida me vio, lo que, seguido del sobresalto que le causé, la obligó a dar súbitamente un paso hacia atrás. Fue hasta ahí, que pude recuperar solo un poco de mi autonomía perdida.

Después, fue Elia, sorprendida por la reacción de esa mujer, que se dio la vuelta, así, sin más, con los pechos todavía expuestos. Me vio, y pude observar, como si el tiempo se hubiera congestionado, como cruzó sus brazos para proteger su desnudez. Su rostro, primero impactado, luego contrito, no expresaba más que pesar. Lentamente, como pudo, se sentó inclinándose casi hasta sus rodillas. Luego se puso a llorar quedamente.

Yo seguía petrificado. Sin poder reaccionar del todo, respecto de lo que yo sabía perfectamente que sería el dolor más grande en mi vida. Sin embargo, no lograba sentir nada aún. Estaba bajo un *shock*. Ni siquiera pude percatarme que la otra mujer ya no estaba ahí, probablemente se había ido a la casa o simplemente subió al otro piso.

Elia levantó la vista mientras hacía, torpemente, por ponerse su ropa.

Curiosamente, fue hasta que ella estuvo vestida, que yo pude finalmente reaccionar. Sentí que una oleada de rabia incontenible me inundaba. Repentinamente, al mismo tiempo, me empezó a abrasar un calor muy intenso, tanto que me obligó a desanudar la corbata, y mientras lo hacía, me di cuenta que me temblaba la mano. Después de que la ira pasó, mi sentimiento era de una desoladora decepción. La persona que más adoraba en el mundo, mi fuente de ilusión, mi sol y mi luna. Todo eso y más, ahora no merecía de mí, más que mi desprecio.

Al último, pude reunir las fuerzas suficientes para salir de ahí. Caminé en dirección a la puerta sin mirarla. Al llegar al quicio, oí que me hablaba, con la voz trémula. Me detuve por un segundo, luego, ignorándola totalmente, me fui de ahí. Nunca más podría comunicarme otra vez con ella.

-o-

Fue el estudio, y el derecho, el que cursé y al que me dediqué finalmente, lo que logró paliar el dolor que he cargado desde entonces.

En algún momento, años después de todo esto, razoné que cuando madurara realmente, formara una familia y adquiriera todas las responsabilidades que eso trae consigo, en ese momento, todo este recuerdo iría a parar al archivo mental de todo aquello que ya no importaba.

¡Eran solo patrañas! Conocí a una gran mujer, me casé con ella y juntos procreamos tres hijas y dos hijos. Fundé un despacho de abogados que se habría de convertir en uno de los más conocidos en el norte del país. Viajé, viví, conocí, construí, aprendí, protegí, ambicioné, logré, triunfé, gocé, acumulé. En fin. Mientras todo eso ocurría, mi dolor permaneció incólume, intacto, lacerante, como si hubiere pasado todo, apenas una semana atrás.

Una vez que me hice consciente de mi realidad, me preparé mentalmente para vivir así el resto de mi existencia.

-o-

Muchos años pasaron, y en ese transcurso, recuerdo un par de ocasiones, en las que me pareció verla a la distancia. Una vez, a finales de los sesentas, en un mitin político multitudinario en contra del gobierno de ese momento. La segunda vez, fue en el aeropuerto de la capital del país, a mediados de los ochentas, yo partía a Europa con mi esposa y dos de mis hijas. Mientras dejaba el equipaje, antes de pasar al módulo de migración, sin esperarlo, fijé mi mirada en la entrada de pasajeros que recién bajaban de un vuelo que venía de Sudamérica. Ahí, sobresaliendo, una mujer hizo sonar las campanas de mis reminiscencias más enterradas. Era el caminar, el garbo, la parte del rostro que dejaban ver sus lentes oscuros y, sobretodo, los tres intensos segundos que me dedicó con la mirada al pasar a solo 5 metros de donde yo estaba. Tanto que mi mujer, sorprendida, me preguntó si yo conocía a esa mujer, mientras tanto, era objeto de las bromas de mis hijas. Yo permanecí refractario a todas las puyas e insinuaciones que me lanzaron, aunque por dentro el recuerdo me agujoneaba.

-o-

En el 2002, hacía ya dos años que había enviudado. Cuando cumplí los 72 años, movido por la nostalgia, organicé una comida con amigos de mi Camargo. Ahí, cuando ya fumábamos un puro, tomábamos cognac y discutíamos tonterías, como siempre hicimos. Alguien, introdujo a la conversación a Elia Stopelli. Dos de mis amigos, en tono de broma, estuvieron insistiendo para que confesara sobre mi romance con ella. Nunca me perdonaron que finalmente yo, según ellos, hubiera acaparado

a Elia.

Fue una de las esposas, la que nos informó a todos que Elia había sido internada indefinidamente en una estancia geriátrica en El Paso, Texas. Aparentemente afectada por lo que antes se le llamaba senilidad precoz. Y que hoy es conocido como *Alzheimer*.

A partir de esa conversación, mi animó se empezó a quebrar. Hacía mucho, que comencé a reclamarme, mi decisión de cortar de tajo con ella, y de no haberla vuelto a ver en 52 años. Odiaba con todas mis fuerzas mi ignorancia y los prejuicios que me obligaron a actuar de esa manera tan estúpida. Mi falta de humanidad y comprensión, mi ausencia de solidaridad, y todo aquello con lo que se honra una amistad tan valiosa. Tuvo que pasar toda una vida, para darme cuenta que nunca volvería a encontrar en otra persona, la comunión y el gozo de la amistad, que Elia Stopelli me regaló en cada segundo que compartió conmigo.

Un par de meses después, me presenté a la visita del *Buenavista Asylum* en El Paso, Texas.

Después de recorrer en un carrito de golf, un amplísimo jardín con verdes pastos, altas palmeras y veredas adoquinadas. Llegué al *bungalow* que ocupaba Elia. Como en antaño, como si fuera todavía el muchacho imberbe que suspiraba profundamente por solo mirarme en el café claro de sus ojos, mi corazón latía con insistencia. La verdad es que, a mi edad, estaba muy nervioso.

No tuve mucho que esperar. Elia estaba sentada en un sillón de mimbre, a un lado de la puerta y debajo de un gran helecho. No me reconoció.

Vestía una amplia bata con motivos hawaianos. Aunque se tratara de una mujer de 75 años, no tenía el aspecto que cualquiera se imaginaría. La verdad es que su belleza no se había ido, solo se había transformado. Ella me recibió atenta y me trato como "Señor", mientras parecía escudriñar algo en la profundidad de los glaucos jardines. El silencio se prolongó, mientras yo trataba de acomodar mis ideas, pero me seguía preguntando ¿Qué es lo que en realidad andaba buscando? ¿Para qué había ido hasta allá?

Intempestivamente, como aquel beso dado hacía cincuenta y tantos años, empecé a hablar con marcada emoción.

-iElia querida! iMi Elia del alma! Aunque sé bien que tú no me puedes entender, tengo la esperanza guardada de que, cuando te hayas ido, te lleves estas palabras en tu pecho, y las puedas entender en la otra vida...

- ... quiero que sepas que, haciendo a un lado a mi familia, has sido la persona más importante en mi vida. Que agradezco y agradeceré siempre, la amistad y el cariño que siempre recibí de ti. Que no ha pasado un simple día en el que no te haya recordado...

Y, a partir de ese momento, se me quebró la voz:

-Elia, he venido a pedirte perdón... he venido a decirte que me equivoqué y que lo lamento mucho. Que dejarte de ver todo este tiempo ha sido mi mayor castigo... yo, al igual que tú, pertenecemos a una generación llena de prejuicios. Que no pude... o no supe, qué hacer, cómo actuar, cómo responder... hasta hoy sé que debería haberme quedado ahí contigo, como tu amigo, a oírte, a comprenderte... a abrazarte...

Elia me miraba, y por un segundo me ilusionó la idea que se hubiera abierto su entendimiento y su memoria, pero simplemente eso nunca pasó...

- ... pero la verdad... eso no me devuelve el tiempo, el tiempo que perdí, sin saber de ti y de tu vida. Tan solo me devuelve un poco de paz.

Yo, ya lloraba...

- Si tan solo te hubiera escuchado. Sí tan sólo me hubiera quedado a luchar por tu amor... y si lo hubiera perdido... me hubiera quedado a luchar por tu amistad.

-o-

Elia murió unos meses después, el 23 de noviembre del 2002. Yo asistí a su sepelio vestido de blanco.

Ya la he sobrevivido casi 15 años, y sigo aquí, con vida, hasta que Dios nuestro Señor diga otra cosa.